

LA IMAGINACIÓN

por Jorge Arturo Muñoz

“Como la imaginación da cuerpo a las cosas desconocidas, la pluma del poeta les da forma y asigna a las burbujas de aire un sitio en el espacio y un nombre”, Shakespeare (1564-1616)

“A la naturaleza, le falta habitualmente el poder para igualar las extrañas creaciones de la imaginación”, Shakespeare.

“Si no estás dispuesto a equivocarte, nunca llegarás a nada original”, Ken Robinson (1950-).

“La inspiración existe, pero tiene que encontrarte trabajando”, Pablo Picasso (1881-1973).

“¡La imaginación! ¡Produce más víctimas que todas las enfermedades juntas! ¡Ella engendra las enfermedades! ¡Es una forma de locura!”, Eugene O’neill (1888-1953).

“Los proyectos son las promesas que la imaginación hace al corazón; éste nunca rechaza tan peligrosos presentes”, Jean Louis Vadoyer (1883-1963).

“La felicidad no es más que esto: la imaginación. En su ausencia, no nos quedan más que las mediocridades de la vida”, Henri Duvernois (1875-1937).

“Todos sabemos que el derecho es la más fuerte de las manifestaciones de la imaginación. Jamás poeta alguno interpretó la naturaleza tan libremente como un jurista la realidad”, Jean Giraudoux (1882-1944).

“La imaginación es el aceite del alma”, Joseph Joubert (1754-1824).

“Es la imaginación la que pierde las batallas”, Joseph de Maistre (1753-1821).

“No es cuestión de inspiración, sino de transpiración”, Thomas Alva Edison (1847-1931).

“La creatividad se aprende igual que se aprende a leer”, Ken Robinson (1950-).

Introducción

Vivimos en el mundo, adaptándonos a él. Sin embargo, también es cierto que lo adaptamos a nuestros intereses y necesidades. Si lo piensas bien, casi todo lo que comemos, lo que vestimos, y usamos es un invento de la imaginación humana.

La percepción nos da una primera información y nos permite una primera adaptación. El aprendizaje permite un ajuste mucho más activo, puesto que desencadena **respuestas** a la realidad que nos rodea. Pero las respuestas aprendidas suelen ser rígidas: son respuestas estereotipadas a situaciones repetidas y “sabidas”. ¿Qué pasa cuando el animal o el hombre se encuentran en **situaciones nuevas** y, sobre todo ante dificultades y “problemas”? Entonces, entran en acción **la inteligencia, la razón, y** otra forma de relacionarse con el mundo: el **pensamiento**. Ya no trata directamente con las cosas materiales, sino que se retira a su interior, y trata mediante símbolos o ideas sobre las cosas. Es en ese momento, cuando se manifiesta que el hombre es capaz incluso de crear mundos distantes o futuros: el pensamiento se hace entonces **creativo**. Tradicionalmente, se ha considerado que el pensamiento es lo propio del ser humano, su mejor característica.

Pues bien, inteligencia, pensamiento y creatividad, son tres conductas particularmente unidas a formas de conocimiento, como la razón, la experiencia y la imaginación. Tradicionalmente, la inteligencia y el pensamiento, junto con la razón y la experiencia empírica, han sido facultades y formas de conocimiento muy valoradas. Sin embargo, hay un momento previo en que todo descubrimiento se mueve en la antesala de la imaginación, de la mera especulación que carece todavía de fundamento. Analizar su importancia, su aportación y sus límites en relación al conocimiento, es el objetivo de este tema, pues cabe pensar que sin la imaginación, el espíritu humano se empobrecería profundamente.

1. El cerebro, un profesional de la imaginación

En la parte trasera de los ojos, hay un punto en el que el nervio óptico sale del globo ocular y se abre camino hasta el cerebro. En ese punto, el ojo no puede registrar imágenes, y por eso se le llama *punto ciego*. Nadie puede ver un objeto que esté en el punto ciego, porque allí no hay receptores visuales.

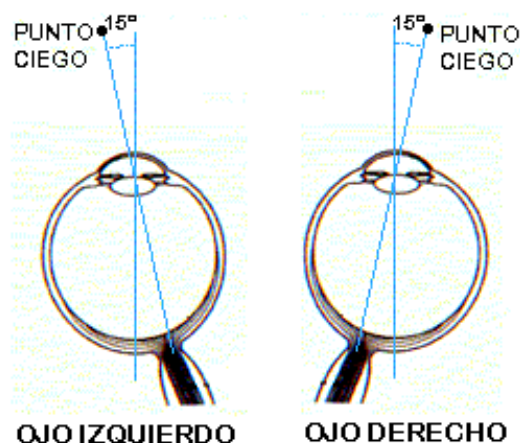


Imagen 1: el punto ciego produce un vacío en nuestra percepción visual.

Ahora que sabes qué es el punto ciego, te estarás preguntando por qué no estás viendo dos vacíos en este documento, uno por cada ojo. Si diriges la mirada a la habitación o a través de la ventana, tampoco

verás vacíos en un campo perceptivo que te parecerá completamente normal. ¿Por qué? Porque **el cerebro utiliza la información de las regiones que circundan el punto ciego para elaborar una suposición lógica de lo que vería si no fuera ciego**. A continuación, rellena la escena con esa información. ¡Eso es! Inventa cosas, las crea, ¡se las imagina! Y no pregunta ni espera antes de hacerlo, no espera tu aprobación. El cerebro intenta imaginar lo mejor que puede cuál es la información que falta, y procede a rellenar la escena, tanto si estás leyendo este documento, como si te has distraído mirando por la ventana.

Para demostrarte que el cerebro rellena espacios, mira el rombo de la imagen siguiente con el ojo derecho, al mismo tiempo que te tapas el ojo izquierdo. A continuación, acércate poco a poco la imagen hacia la nariz. Concéntrate en el rombo, y verás que, cuando el círculo esté en el punto ciego del ojo derecho, desaparece. Si sigues acercándote la imagen, el círculo reaparecerá.

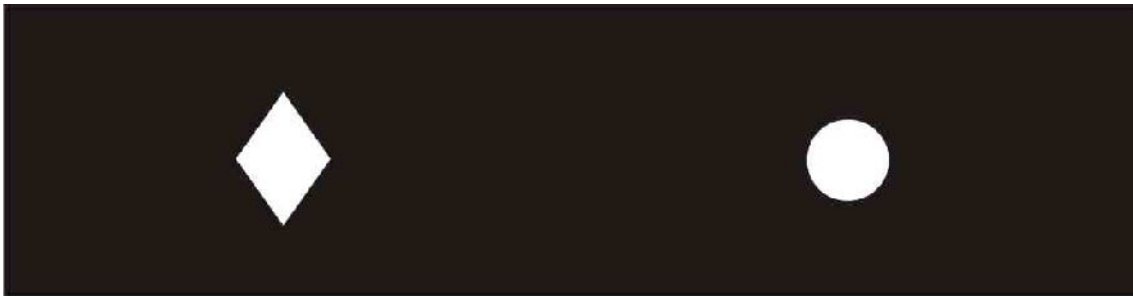


Imagen 2: sigue las instrucciones anteriores para comprobar la existencia del punto ciego.

Si existe un punto ciego en cada uno de nuestros ojos, de nuevo planteémonos la pregunta de por qué no vemos dos puntos ciegos en cada ojo. Ya tenemos la respuesta: nuestro cerebro rellena, completa e imagina lo que hay en ese punto con la información que tiene de lo que ve a su alrededor. De lo contrario, te pasaría en cada ojo lo siguiente:

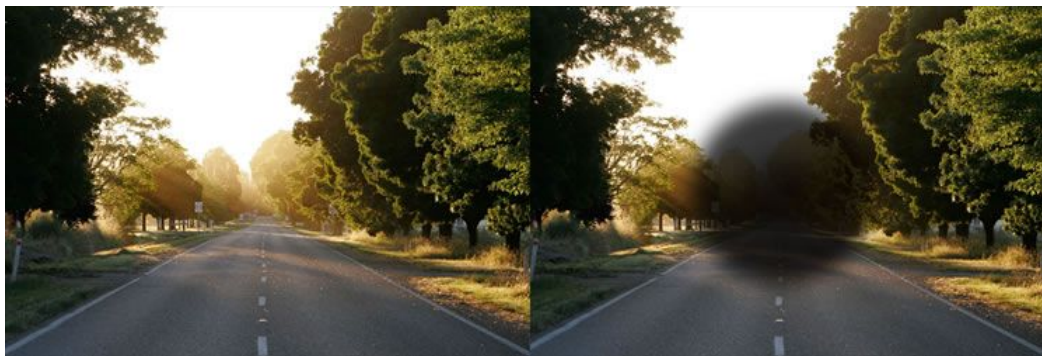


Imagen 3: el punto ciego sin el relleno imaginado por el cerebro.

Este truco –rellenar un espacio vacío– no se limita a la percepción visual. En un experimento sorprendente, los voluntarios oyeron una grabación de la palabra inglesa *eel* (anguila) precedida por una tos (que indicaremos con un asterisco). Los voluntarios oyeron la palabra *peel* (peladura) cuando estaba en la frase: “*The *eel was on the orange*” (la *eladura estaba en la naranja), pero oyeron la palabra *heel* (tacón) cuando estaba en la frase “*The *eel was on the shoe*” (el *acón estaba en el zapato). Se trata de un

descubrimiento sorprendente porque las dos frases se diferencian sólo en la última palabra, lo que supone que el cerebro de los voluntarios tuvo que esperar hasta la última palabra para poder rellenar la información que faltaba en la segunda palabra. Sin embargo, lo hacía con tanta rapidez y facilidad, que “en realidad” oyeron la información que faltaba, pronunciada en el sitio apropiado.

Sin duda, puede ser de gran utilidad adaptativa y evolutiva contar con un cerebro que nos facilita la percepción evitando los vacíos que la limitan.

Ahora bien, el descubrimiento de la naturaleza imaginativa de nuestro cerebro es de una gran importancia para la asignatura de TdC, pues suscita un gran problema de conocimiento: ¿hasta qué punto nos ayuda o nos engaña el cerebro cuando rellena espacios? En otras palabras, ¿siempre rellena los espacios acertadamente o puede abusar de su creatividad? ¿Facilita la imaginación la búsqueda de conocimiento o puede convertirse en un serio obstáculo para alcanzarlo?

2. ¿Tiene límites la imaginación?

Dado que una de las acepciones de la imaginación es *aprensión falsa o juicio de algo que no hay en realidad o no tiene fundamento*, o también *imagen formada por la fantasía* (DRAE, 2001), se la suele considerar como contraria a la experiencia empírica y a la razón, ambas seriamente limitadas por la realidad material de los estímulos que recibimos y el rigor de las exigencias de la racionalidad deductiva. Esto plantea que la imaginación tiene una gran libertad para desprenderse del entorno, cosa que no se pueden permitir la razón ni la experiencia empírica. Sin embargo, el filósofo empirista David Hume (1711-76) consideraba que la imaginación no es tan ilimitada como parece. Analiza y comenta el siguiente texto:

Nada puede parecer, a primera vista, más ilimitado que el pensamiento del hombre que no sólo escapa a todo poder y autoridad humanos, sino que ni siquiera está encerrado dentro de los límites de la naturaleza y de la realidad. Formar monstruos y unir formas y apariencias incongruentes, no requiere de la imaginación más esfuerzo que el concebir objetos más naturales y familiares. Y mientras que el cuerpo está confinado a un planeta a lo largo del cual se arrastra con dolor y dificultad, el pensamiento, en un instante, puede transportarnos a las regiones más distantes del universo; o incluso más allá del universo, al caos ilimitado, donde según se cree, la naturaleza se halla en confusión total. Lo que nunca se vio o se ha oído contar, puede, sin embargo, imaginarse. Nada está más allá del poder del pensamiento, salvo lo que implica contradicción absoluta.

Pero, aunque nuestro pensamiento aparenta poseer esta libertad ilimitada, encontraremos en un examen más detenido que, en realidad está reducido a límites muy estrechos, y que todo este poder creativo de la mente no viene a ser más que la facultad de mezclar, trasponer, aumentar, o disminuir los materiales suministrados por los sentidos y la experiencia. Cuando pensamos en una montaña de oro, unimos dos ideas compatibles: oro y montaña, que conocíamos previamente. Podemos representarnos un caballo virtuoso, pues de nuestra propia experiencia interna (feeling) podemos concebir la virtud, y ésta la podemos unir a la forma y figura de un caballo, que es un animal que nos es familiar. En resumen, todos los materiales del pensar se derivan de nuestra percepción interna o externa. La mezcla y composición de ésta corresponde sólo a nuestra mente y voluntad. O, para

expresarme en un lenguaje filosófico, todas nuestras ideas, o percepciones más endebles, son copias de nuestras impresiones o percepciones más intensas.

David Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano*, pp. 33-34.

Si David Hume está en lo cierto, la relación entre la imaginación y la percepción sensorial es mucho más estrecha de lo que parece a primera vista. Pues el ser humano no imagina ni inventa desde la desconexión total de la realidad que le rodea, sino que lo hace desde un contexto determinado: imaginamos o inventamos desde un punto de arranque concreto. Esto es compartido, en parte, por el especialista en pensamiento creativo Ken Robinson, que afirma que el hombre tiene capacidad para crear cosas nuevas, pero sobre todo para *recrear el mundo*, es decir, que a partir de lo que no nos convence de la realidad que nos rodea, procuramos imaginar e inventar formas de cambiarlo. De ahí que muchas cosas que parecían imposibles, hayan dejado progresivamente de serlo.

Otro aspecto muy importante a tener en cuenta, es que no conviene idealizar la imaginación, como si su libre ejercicio sólo pudiera tener consecuencias positivas. Precisamente un pintor genial, como **Francisco de Goya**, acertó al reflejar esta idea en uno de los aguafuertes de la serie *Los caprichos*.



Imagen 4: *El sueño de la razón produce monstruos.*

Con este grabado, Goya nos ilustra sobre las fuerzas oscuras que pueden aflorar en el alma humana y manifestarse cuando se retira la luz de la razón. Se dibuja a sí mismo, dormido, acosado por búhos, murciélagos, un gato negro y un lince, todos ellos criaturas nocturnas que se habían usado anteriormente para representar al diablo. Un manuscrito del mismo Goya en el que comenta sus grabados dice así: “*la imaginación, abandonada por la razón, produce monstruos imposibles; unida a ella, es la madre de las artes y una fuente de maravillas*”.

Concretemos en forma de pregunta de conocimiento lo planteado hasta el momento: ¿en qué medida la imaginación es una fuente de conocimiento o de autoengaño? ¿En qué medida puede ser nociva?

Actividad 17.1

1) Piensa ejemplos de productos de la imaginación humana que merezcan ser tildados de monstruosidad y de maravilla.

3. ¿Cómo funciona la imaginación?

Como hemos visto en el punto anterior, la imaginación recibe habitualmente lecciones de humildad, pese a ser la misma que inventó grandes cosas para la humanidad. ¿Por qué?

La respuesta a esta pregunta nos conduce a las profundidades de la imaginación. Al imaginar cosas, pongamos que nos referimos a un pingüino, la mayoría de nosotros, ve una imagen esbozada del objeto en cuestión. Si nos preguntaran si las aletas de un pingüino son más largas o cortas que sus patas, evocaríamos la imagen mental y “mirarla” para dar una respuesta. Sería como si la imagen de un pingüino nos hubiera aparecido de pronto en la cabeza porque hemos querido, y mirar las aletas, mirar hacia abajo para verle las patas, volver a las aletas y contestar. Esto produciría una sensación muy parecida a la de ver, porque, de hecho, eso es lo que ocurre. La región del cerebro que se activa cuando ve objetos con los ojos –un área sensorial llamada corteza visual- también se activa cuando *ve* con la imaginación. Lo mismo ocurre con otros sentidos. Si nos preguntan en qué sílaba se canta la nota más alta de *Cumpleaños feliz*, reproduciríamos mentalmente la melodía, y “escucharíamos” para determinar en qué momento sube y baja el tono. “Oír con la imaginación” no tiene solamente un sentido figurado, porque cuando imaginamos sonidos, se aprecia la activación del área sensorial auditiva, la corteza auditiva, que también se activa cuando oímos sonidos reales con los oídos.

Estos descubrimientos nos demuestran que el cerebro recurre a la ayuda de las áreas sensoriales cuando quiere imaginar las características sensitivas del mundo. Si queremos saber qué aspecto tiene un objeto que no tenemos delante, enviamos información sobre éste desde la memoria a la corteza visual, y experimentamos una imagen mental. De igual forma, si queremos saber cómo suena una melodía cuando no está sonando en la radio, enviamos información sobre esa música desde la memoria a la corteza auditiva, y experimentamos un sonido mental. Como los pingüinos viven en la Antártida y *Cumpleaños feliz* sólo se oye esporádicamente, ninguna de las dos cosas está presente cuando queremos analizarlas. Cuando los ojos y los oídos no abastecen a las cortezas visual y auditiva con la información necesaria para responder a las preguntas, solicitamos que la información se envíe desde la memoria, lo que nos permite echar un falso vistazo o una falsa audición. Como el cerebro es capaz de realizar este truco, podemos descubrir cosas sobre canciones (la nota más alta suena en la “a” de “años”) y aves (el pingüino tiene las aletas más largas que las patas) aunque estemos dentro de un armario.

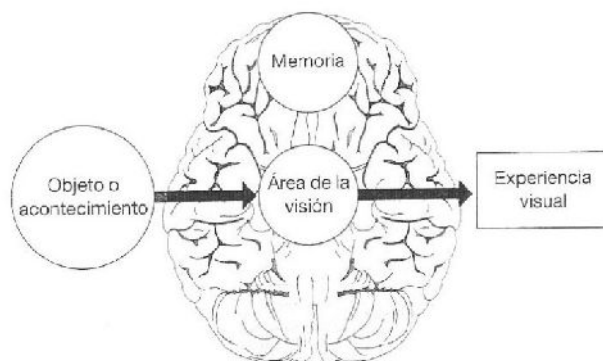


Imagen 5: la percepción visual obtiene información de los objetos y acontecimientos del mundo.

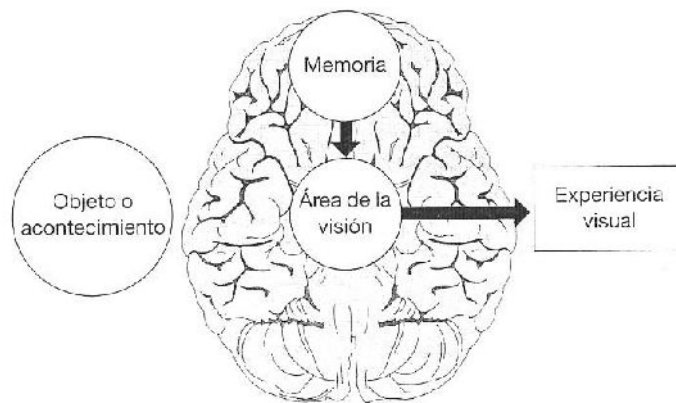


Imagen 6: la imaginación visual obtiene la información de la memoria.

Valerse de las áreas visual y auditiva para llevar a cabo actos por parte de la imaginación, es un producto evolutivo fenomenal. **Así que la imaginación es una forma de conocimiento que se vale de otra, la memoria, que a su vez se vale de las cortezas sensitivas de otra forma de conocimiento, como es la percepción.** Sí, las formas de conocimiento están conectadas entre sí. El problema es que esto, que funciona para muchas cosas, también falla a menudo: si se nos pide que imaginemos cómo nos sentiremos en una hipotética situación del futuro, lo hacemos desde los sentimientos del presente (ver texto número 2).

4. Imaginación y creatividad

¿Se es creativo de nacimiento? ¿Se puede aprender a serlo? ¿Cómo ser creativo o cómo serlo más?

A estas preguntas contesta Ken Robinson. Afirma que la creatividad humana está basada en una imaginación muy potente, que ha impulsado la aplicación de ideas y diseñado inventos para crear un mundo cómodo para el ser humano. Naturalmente, todo lo que producimos tiene efectos secundarios imprevisibles, y al mismo tiempo que resuelve dificultades, produce nuevas consecuencias indeseables. Esto se puede ver reflejado, por ejemplo, en que el desarrollo que tantos medios y comodidades nos ha dado, puede tener repercusiones negativas a nivel medioambiental. De ahí que Robinson destaque que quien crea el mundo, también puede **recrearlo**, es decir, podemos seguir inventando y creando nuevas formas de corregir las consecuencias indeseables de nuestra propia capacidad de inventar.

Actividad 17.2

Piensa en un invento humano, y en sus consecuencias positivas y negativas. ¿Se te ocurre algo para mejorarlo?

Es importante preguntarse cómo potenciar las posibilidades de la creatividad humana. Desde un punto de vista romántico, se la veía como una facultad innata, un misterio inexplicable que pocos afortunados tenían de nacimiento. Sin embargo, la psicología actual plantea que se puede **aprender a ser creativo**, atendiendo a los siguientes cuatro puntos:

- a) **La primera condición es saber qué es lo que nos motiva para saber a qué quiere uno dedicar tiempo y esfuerzo.**
- b) **Tener pasión y emoción por algo que nos entusiasme, pues sin esta condición, nuestra imaginación y creatividad no se pone a trabajar.**
- c) **Entrega, disciplina, aprendizaje. Esto requiere tiempo y afrontar la frustración que nos produce que los resultados no se darán tan pronto ni tan fácilmente como quisiéramos.**
- d) **Arriesgar, lanzarse, aunque muchas veces las cosas salgan mal: la creatividad no consiste en repetir lo que ya sabemos, sino en atreverse a construir sobre ello. Naturalmente, cuanta más entrega ha habido, más probable es que obtengamos un resultado creativo, aunque el resultado nunca está asegurado.**

La conclusión es clara: muchas veces no llegamos a ser creativos porque nos da pereza dedicar el tiempo necesario a algo como para llegar a serlo.

5. La imaginación en las ciencias naturales y humanas

De entrada, no parece que la imaginación tenga papel alguno en el trabajo riguroso, sistemático y racional de los investigadores en cualquier área de conocimiento, especialmente en las ciencias en general, tanto humanas como naturales. La visión tradicional, vincula las ciencias a formas de conocimiento como la razón y la experiencia empírica, formas que deben su capacidad a la reflexión coherente y lógica, y a la realidad. De esta forma, se produce una escisión clara entre el conocimiento y las funciones intelectuales, que tienen un camino propio, y la imaginación, que tendría el suyo propio.

Sin embargo, un análisis profundo de la labor de los científicos, demuestra que la imaginación está presente en su trabajo, y puede ser de gran ayuda, especialmente en momentos puntuales del mismo. De confirmarse, esto refutaría la visión reduccionista de la ciencia vinculada exclusivamente a la razón y la experiencia.

Todo científico enfrentado a preguntas difíciles de resolver, parte de hipótesis que, en un principio, son meros intentos de solucionar el problema o responder a las preguntas irresueltas. Pues bien, ya las hipótesis son en sí mismas un acto imaginativo, una mera especulación que carece todavía de contrastación. Lejos de mantenerse en la confirmación de lo que ya se sabe, o de verificarlo una y otra vez, la condición parcial, inacabada y provisional de conocimiento humano, nos empuja a ir más lejos, a perseverar en los aspectos que ignoramos, es decir, a mejorar nuestro conocimiento. De ahí que aventurar hipótesis sea la antesala sin la que no hay avance posible. El hecho de que la mayor parte de las hipótesis sean refutadas, no es óbice alguno, pues aprender de los errores –refutando hipótesis erróneas- es ya un avance, descartando lo que no es verdad.

El filósofo de la ciencia Karl Popper (1902-94) reflexionó sobre **la fecundidad del error** en las ciencias, como en cualquier otro aspecto u orden de la vida. Según Popper, no tenemos ni un conocimiento perfecto ni un método infalible cuya aplicación excluya el error. De ahí que no se trate tanto de evitar los errores –meta condenada al fracaso- sino de detectarlos y aprovecharlos como estímulo para mejorar y aprender de éstos. En consecuencia, el progreso de la ciencia requiere una gran audacia, imaginación y creatividad a la hora de formular hipótesis, seguidas de un implacable rigor para contrastarlas y criticarlas. El miedo a equivocarnos, a cometer errores, coarta nuestra imaginación y produce cierto bloqueo teórico, cuando, en realidad, las buenas ideas pueden surgir de cualquier manera: por observación, por intuición, por tradición, por una corazonada, por suerte... por cualquier método o falta de éste, diferente al ejercicio puro del discurso racional deductivo. A Paul Dirac, se le ocurrió su famosa ecuación (base de la teoría cuántica de campos) en medio de una discusión, sin seguir método alguno. Es cierto que no todo el mundo tiene la genialidad ni la suerte de Dirac, pero nadie debería tener miedo a equivocarse. Sólo corriendo ese riesgo, tendremos la oportunidad de acertar. Lo único

importante, según Popper, es que las hipótesis imaginadas sean sometidas a comprobación implacable, mediante un riguroso proceso de contrastación con la realidad.

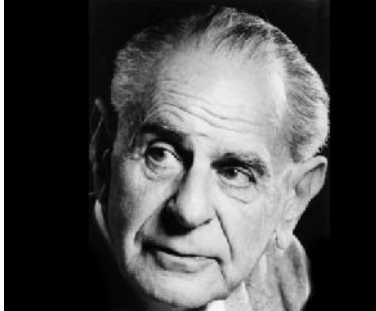


Imagen 7: Karl Popper, filósofo de la ciencia.

No sólo la formulación de hipótesis requiere el ejercicio de la imaginación. La experimentación es algo más que hacer simples observaciones. En la evolución de sus investigaciones, y con objeto de tomar datos o de contrastar hipótesis, un científico tendrá que diseñar experimentos significativos, pruebas cruciales en las que pueda aislar la variable que esté investigando. Este es otro momento en el que la imaginación y la creatividad entran en escena. Y no exclusivamente en el caso de las ciencias naturales. Los científicos humanos, al tratar con fenómenos complejos relativos a un objeto de estudio tan difícil como es el ser humano, son conscientes de la importancia de diseñar situaciones significativas en las que el sujeto que participa ni siquiera es consciente de que está siendo observado, pues de lo contrario, es muy probable que no actúe como lo hubiera hecho.

6. La imaginación y la historia

En los puntos 1 y 3, hemos hablado de la naturaleza imaginativa del cerebro humano, y en concreto, sobre su tendencia al *relleno de espacios*.

Una de las áreas en las que un investigador más impelido se ve a rellenar espacios vacíos es la historia. El interés en saber lo que ocurrió en momentos particulares de la historia, está extendido entre especialistas y el público en general. Sin embargo, no siempre se dispone de fuentes fiables que rellenen los espacios vacíos sobre lo que nada se sabe. Aunque pueda especular sobre un tema que conozca, un historiador riguroso no puede suplir la falta de fuentes mediante la imaginación, pues eso desvirtuaría su trabajo, y es más bien, una libertad que puede permitirse un escritor de novela histórica. Sin embargo, el historiador puede verse empujado por un público que quiere respuestas concretas y que no es entusiasta de dejar espacios a la duda. ¿Cómo afrontar esa demanda? Tengamos en cuenta que la investigación histórica también aspira a sustituir la duda por la respuesta autorizada. Como se ve, estamos tratando el límite entre la historia y la ficción, no siempre una frontera definida, y que permite al autor de novelas históricas una libertad imaginativa que veta al historiador, ya que no tiene por qué apelar a la autoridad de la verdad objetiva para justificar una novela.

Otro problema que suscita la relación entre historia, ficción e imaginación, es que resulta prácticamente imposible no incurrir en el **presentismo**, cuando se intenta rellenar un vacío histórico. Por *presentismo*, entendemos la tendencia a extrapolar la mentalidad actual, del presente que conocen y viven tanto escritores como historiadores, a un pasado cuya mentalidad es inaccesible y completamente superada. Esto plantea, de nuevo, que la imaginación no está exenta de serias limitaciones.

7. La imaginación y el arte

Contrariamente a lo que ocurre en las ciencias naturales y humanas, a todos nos parece que el arte, en sus distintas modalidades, es el área de conocimiento en la que la imaginación predomina a sus anchas. El motivo es que el objetivo fundamental del arte –a diferencia de las otras áreas de conocimiento- no es investigar ni explicar los hechos de la realidad objetivamente, sino emocionar estéticamente al espectador, contándole una historia bien contada, o creando una imagen, o una melodía, o unas formas escultóricas, etc...

Sin embargo, cuando analizamos cómo llegan los artistas a realizar sus obras, descubrimos que la imaginación es sólo una parte de las facultades que ponen en juego. Todo escritor, por ejemplo, necesita documentarse rigurosamente para escribir una novela y más todavía, si se trata de una novela histórica. La información es fundamental para *llenar los espacios* que queden y, de hecho, cuanto más conocimiento se tenga sobre el campo elegido, más posibilidades hay de que la imaginación haga un aporte interesante a la obra. Los novelistas, al igual que los pintores y los dramaturgos, no consideran la documentación como un impedimento que limite la imaginación, sino al contrario, como una base sobre la que construir una mejor obra. Esto es claramente aplicable a las novelas de ciencia ficción. Lo mismo se podría decir de un pintor o de un compositor: conocer profundamente los rudimentos técnicos del oficio, no va en detrimento de la calidad ni originalidad de una obra, sino que multiplica las posibilidades de la imaginación. En términos de la Teoría del Conocimiento, diremos pues que la imaginación no está desconectada de lo que pueda aportar la razón.

Algo parecido se puede decir sobre cómo los artistas llegan a producir una gran obra. No es cierto que las grandes obras artísticas surjan de un acto creativo espontáneo, como si de la nada y por pura inspiración, la imaginación produjera grandes obras de arte. Sólo quienes han trabajado y experimentado arduamente durante mucho tiempo -y sin resultados satisfactorios a menudo- dan con una fórmula que les satisfaga. Sin constancia del trabajo diario, es muy poco probable que la imaginación por sí sola obtenga un buen resultado (de nuevo, otra forma de conocimiento –la experiencia empírica del experto- sirve de apoyo a la imaginación). El escritor Camilo José Cela, que fue premio Nobel en 1992, decía que si la inspiración no le sorprendía escribiendo en su mesa de trabajo, pasaba sin dejar rastro alguno... ¡Y dedicaba ocho horas diarias a escribir!

Por otra parte, también hay que reconocer que no todos los que se dedican con entrega a una labor artística, consiguen hacer grandes aportaciones al arte. Lo que demuestra que, en parte, alguna condición especial debe tener quien ha obtenido un gran logro artístico.



Imagen 8: *Las Meninas*, de Diego Velázquez.



Imagen 9: obra de Joan Brossa.

8. Las teorías de la conspiración

Además del relleno de espacios, nuestro cerebro también establece **la relación causa-efecto** sistemáticamente, entre un hecho que se siga de otro. Hume y Kant hicieron un profundo análisis de esta cuestión y de su trascendencia sobre el punto y el límite al que es capaz de llegar el conocimiento humano.

La relación causa-efecto permite prever lo que cabe esperar del mundo que nos rodea... pero, ¿establecemos siempre justificadamente esa relación o podemos abusar de ella? Acontecimientos de gran impacto en la historia y la opinión pública, suelen despertar **teorías de la conspiración**, que llegan a entrever justificaciones y explicaciones para todo, absolutamente todo.

Actividad 17.3

¿Has oído hablar de teorías de la conspiración que tengan que ver con los atentados del 11S, el asesinato de Kennedy, el club Bilderberg, o con una confabulación de judíos que dirigen los hilos del mundo?

Una teoría de la conspiración es una teoría que explica un hecho o un conjunto de circunstancias como resultado de una trama secreta urdida por intrigantes de aviesas intenciones, generalmente muy poderosos. Los rasgos generales de las teorías de la conspiración, según Hofstadter, son:

- **Contestan a todas las preguntas por responder.** De hecho, cuando todas las preguntas están respondidas, no suelen suscitarse teorías de la conspiración.
- **Nada es como parece.** Siempre se oponen a la explicación oficialmente establecida como verdadera, porque la consideran una *tapadera* para simular la verdad, es decir, la existencia de una conspiración.
- **Todo está bajo control.** Los teóricos de la conspiración creen que los conspiradores tienen una terrible capacidad e inteligencia para controlarlo todo. Así que nada es casual, sino que los sucesos importantes, no son resultado del curso de la historia, sino de la voluntad de alguien.
- **El mal existe.** Los conspiradores son maquiavélicos: son mentirosos profesionales que no se arredran ante nada. Son la reencarnación del diablo.

- **Cazadores de anomalías.** Los teóricos de la conspiración tienen un alto concepto de sí mismos: no se dedican a contar historias cualesquiera, sino que construyen sobre los puntos oscuros, débiles o contradictorios de la teoría establecida, de forma que ellos sí logran explicarlo todo.
- **Yo siempre gano.** No se arredran ante la falta de pruebas que confirmen sus especulaciones. Tanto si hay motivos para la sospecha, como si no los hay, ésta se mantiene incólume.

Puede que te estés preguntando qué tiene que ver todo esto con la imaginación. Pues bien, la cuestión es si la imaginación puede jugárnosla, haciéndonos creer lo que no es. En el texto siguiente, podrás ver a qué nos referimos.

Las intenciones son importantes para nosotros, por lo que nuestro detector de intenciones, las olfatea enseguida. Y cuando digo enseguida, también quiero decir que demasiado enseguida.

En 1943, Fritz Heider y la estudiante Marianne Simmel urdieron el que sería una de los experimentos más famosos en psicología. Los dos psicólogos dejaron a los sujetos del experimento en una sala a oscuras en la que había una pantalla, y les pasaron una breve película muda en blanco y negro, de poco más de un minuto. Algunos vieron a tres niños revoltosos jugueteando en el patio, dos de ellos burlándose de un tercero, o a un matón metiéndose con los dos más pequeños. Una persona vio a una madre riñendo a sus dos hijos por llegar tarde a casa. Otra vio un cuento de hadas en el que una bruja intentaba atrapar a dos niños en su guarida. Otros vieron un drama peor, en el que un padre abusador intimidaba a su mujer e hijo, o un novio cornudo reaccionaba violentamente contra su novia y un pretendiente.

He aquí la gracia: todos habían visto la misma película exactamente. De hecho, todo lo que se veía en la película eran tres simples figuras –un triángulo grande, uno pequeño, y un círculo pequeño– yendo de un lado para otro de la pantalla, y ocasionalmente entrando y saliendo de un rectángulo grande estático, con un lado que se abría o cerraba como una puerta. Los maltratadores, las brujas, las madres y los novios, sólo estaban en la mente de los sujetos.

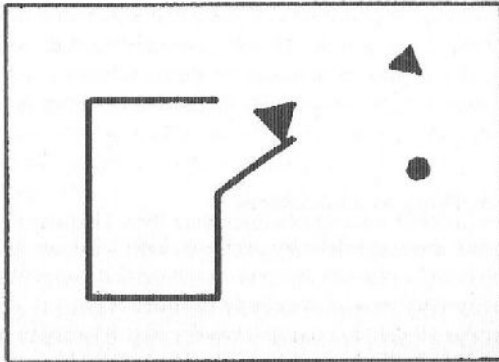


Imagen 8: película de Heider y Simmel

(https://www.youtube.com/watch?v=wp8ebj_yRI4).

Este experimento demuestra lo deseoso que está nuestro detector de intenciones de convertir los hechos en intenciones. Sólo una persona que participó en el experimento interpretó que en la película sólo había tres polígonos moviéndose arbitrariamente alrededor de un plano bidimensional, nada más. La describió en términos puramente abstractos: “un triángulo grande parece entrar en un rectángulo... después el círculo entra en el triángulo... los dos hacen movimientos circulares, y después el círculo sale del triángulo y se acerca al triángulo más pequeño, que se está moviendo fuera del

rectángulo”. Los demás no vieron solamente formas sino personajes, interactuando entre sí, manifestando su personalidad, motivos, necesidades y deseos. Hay un vídeo Heider-Simmel en línea. Hay posibilidades de que no vea usted una historia.

No quiero decir que sea absurdo ver tres figuras contando una historia. Al fin y al cabo, los movimientos no son azarosos. Estaban cuidadosamente coreografiados. Heider y Simmel lo explican como una historia antropomórfica, con peleas y un final. La cuestión es que nuestro detector de intenciones está constantemente buscando intenciones a nuestro alrededor. El más mínimo movimiento lo dispara a toda velocidad. Nuestra habilidad para leer la mente es un superpoder, pero el detector de intenciones no se autocontrola, como demostraron Heider y Simmel. Puede dispararse, inventando personajes y motivos, héroes y villanos, incluso cuando vemos una simple película de dibujos animados en la que dos triángulos y un círculo se mueven en torno a un rectángulo.

Rob Brotherton, *Suspicious minds*, pp. 187-88.

9. La función utópica de la imaginación

En general, la historia de la filosofía se ha centrado en el ejercicio de la razón, y en temas considerados “duros” y serios, lo que descartaba que pudieran ser afrontados desde la imaginación. Siempre se consideró que la búsqueda de la verdad y de un orden social justo, no se podía afrontar desde la ingenuidad utópica que construye “castillos en el aire”.

El término *utopía*, deriva del griego *topós*, que significa lugar. El prefijo “u”, se asocia con dos prefijos cercanos: “eu”, que significa “bien” o “mejor”, y “ou”, que es una negación. Así pues, utopía significa etimológicamente “el mejor lugar que no existe”. El filósofo Ernst Bloch dedicó su obra a plantear que la condición humana incluye la esperanza, que se traduce en la función utópica de la imaginación en busca de un mundo mejor. Todo castillo estuvo antes en el aire que en la realidad, pero los planes, como los sueños, anticipan la realidad, una realidad que no es estática sino dinámica, y abierta a la posibilidad de que la imaginación sirva para algo más que para soñar despierto. Bloch consideraba que en muchas manifestaciones culturales, como el arte, la ciencia, la filosofía, la literatura, la medicina, la religión, etc., está presente la función utópica de lo que denominó como **el principio esperanza**. Éste tiene varios rasgos:

- Es crítico con *el status quo*. Nace de la insatisfacción de las condiciones reales de vida.
- Es optimista pero con fundamento, es decir, moviliza porque alimenta la esperanza a partir del conocimiento de la realidad.
- Está presente en el proceso dinámico de la historia y de la política. Bloch destaca su presencia también en las artes.

Esto establece una relación entre la imaginación y el pensamiento, que aspira a conocer la realidad para mejorarla, pero más estrechamente con la acción, pues se aplica al cambio, a la renovación ética, política y social. Sin embargo, y esto es una ironía interesante, el compromiso político de Bloch, le acarreó una peripecia personal ilustrativa de cómo pueden acabar las utopías.



Ernst Bloch (1885-1977)

Actividad 17. X

- ¿Has comprobado alguna vez que cambiar algún aspecto de la realidad es más complejo de lo que parece? Explica el caso que hayas vivido.
- ¿Conoces algún caso en que cambiar algo haya tenido consecuencias negativas inesperadas? ¿Y de lo contrario, obteniéndose un buen resultado?
- ¿Cuáles han sido las dos grandes utopías del siglo XX? ¿Conoces los resultados que dieron?
- ¿Qué crees que falla en los planteamiento ingenuamente utópicos?

Soñar es muy bonito, qué duda cabe. Sin embargo, conviene comprobar si la historia confirma los sueños de la imaginación, o arroja alguna lección sobre los peligros de confiar ingenuamente en ella. Lo que es fenomenal a nivel literario, puede encerrar serios peligros cuando se aplica en la realidad. Toda acción humana genera externalidades imprevistas e imprevisibles. De ahí que en la historia abunden casos de supuestas utopías que se han convertido en las peores experiencias de la humanidad. Por eso, no conviene dejarse llevar por el puro idealismo cuando los hechos de la realidad lo desmienten. Hay quien ha acuñado la expresión *falacia de las buenas intenciones* para denominar lo que queremos decir: la mejor de las intenciones, puede generar el peor de los resultados, pese a que nunca hubo una mala intención en su origen. La historia demuestra que el precio pagado por no comprender la tremenda complejidad de los fenómenos humanos –resultado de experiencias colectivas milenarias- y confiar en los ensueños de la imaginación, ha sido muy caro.

10.La imaginación y la ética

El punto anterior conduce a establecer un claro vínculo entre la imaginación y la ética. Como mantienen los padres de las teorías utilitaristas –Hume, Smith o Mandeville- la imaginación es el fundamento del principio de simpatía, pues no nos ponemos en el lugar de los demás pensando, sino imaginando cómo sufre el prójimo cuando lo pasa mal. Empatizar es proyectarse en la situación de otro individuo, de forma que intuimos o imaginamos cómo se siente y qué piensa. Y empatizar con el dolor ajeno, es fundamental para sentir compasión y responder de forma altruista. Richard Rorty afirma que la solidaridad no es un descubrimiento intelectual racional, sino que se produce “*mediante el aumento de nuestra sensibilidad a los detalles particulares del dolor y la humillación del otro*”. Como se puede apreciar, aunque el término *solidaridad* es más usado actualmente, alude al mismo sustrato emocional que la *empatía* o la *compasión*.

La psicología experimental demuestra que la variable clave que distingue a quienes una desgracia ajena despierta la compasión, es la imaginación (Batson, Early & Salvarani, 1997). En realidad, estamos limitados para evaluar los problemas y el sufrimiento ajenos, y no es lo mismo imaginar cómo se siente otro en determinada

situación, que imaginar cómo me sentiría yo mismo en esa situación. Las consecuencias emocionales son diferentes. En el primer caso, se despierta la empatía; en el segundo, tanto la empatía como la angustia. Esta es la conclusión de un experimento en el que un grupo de sujetos escuchaba una entrevista de radio (falsa) con una joven en graves apuros. Un tercio recibió instrucciones de mantenerse neutrales mientras escuchaba; un tercio, de imaginar cómo se sentía la joven; y un tercio, debía imaginar cómo se sentirían ellos mismos en su situación. En los dos grupos que tenían que usar la imaginación, se produjeron claras reacciones emocionales: imaginar cómo se siente el otro produce empatía. Pero imaginar cómo se sentiría uno mismo, no sólo producía empatía sino también angustia personal. Así que esforzarse en imaginar cómo se viven los aprietos de los demás, influye en nuestras reacciones. No obstante, esta capacidad está mediatizada por la cultura en la que hemos sido educados, y *cultural* no tiene por qué ser un adjetivo laudatorio sino descriptivo, ya que *los contenidos culturales pueden ser admirables o execrables*, afirma Jesús Mosterín. En el cambio cultural motivado por reconocer y extirpar los focos de sufrimiento y crueldad, tiene la imaginación un papel importante. En la actualidad, muchas voces abogan por extender la empatía por el dolor ajeno a otras especies animales, de manera que *imaginan* nuevos principios morales que renueven la relación del hombre con el reino animal. Naturalmente, esto no resuelve la discusión sobre si la ética se asienta exclusivamente sobre una emoción como la simpatía, una facultad como la imaginación, o el rigor y coherencia de la razón.

Puntos centrales

- **La imaginación es una forma de conocimiento que nace de la actividad cerebral.**
- **La imaginación es capaz de lo mejor y de lo peor.**
- **La imaginación se relaciona con otras formas de conocimiento como la memoria, la percepción y la razón.**
- **La imaginación y la creatividad no surgen de la nada.**
- **La imaginación tiene un papel importante en todas las áreas de conocimiento.**
- **Aunque en el arte sea donde más se la percibe, necesita la aportación de otras formas de conocimiento.**
- **Las teorías de la conspiración son un ejemplo de mal uso de la imaginación.**
- **La imaginación tiene una función utópica y ética, pero los buenos resultados no siempre están asegurados.**
- **La imaginación está en el origen del principio de simpatía y en la capacidad de proponer nuevos principios morales.**

TEXTOS

Texto nº 1

John Eccles había defendido con vehemencia que la estimulación de una neurona a otra era eléctrica, pues la vía química hubiera sido demasiado lenta. A medida que los experimentos ponían cada vez más en duda la teoría eléctrica de la transmisión sináptica, Eccles empezó a descorazonarse. Cuando nos hicimos amigos, a finales de la década de 1960, me contó que se sentiría eternamente agradecido a ese estado de abatimiento que le había permitido experimentar un gran cambio intelectual. El cambio se produjo en el club de la universidad, al que iba para distraerse después de la jornada de trabajo. Allí, en 1946, conoció a Karl Popper, filósofo de la ciencia vienés que había emigrado a Nueva Zelanda en 1937 previendo la anexión de Austria. En el curso de esa conversación, Eccles comentó la polémica sobre la transmisión sináptica y dijo que aparentemente llevaba las de perder en una discusión que para él era fundamental.

Popper quedó fascinado. Le dijo a Eccles que no había motivo para desesperarse y que, por el contrario, debía estar más que contento pues nadie negaba sus descubrimientos sino su teoría, su interpretación de los fenómenos que había encontrado. Por lo tanto, Eccles hacía ciencia de la mejor calidad: las hipótesis opuestas sólo chocan cuando los hechos quedan claros y se pueden contraponer interpretaciones contradictorias. Según Popper, estar equivocado en cuanto a la interpretación de un fenómeno carecía de importancia. La gran fuerza del método científico radica en su capacidad para rebatir hipótesis, es decir, la ciencia avanza mediante un infinito ciclo de conjeturas y refutaciones cada vez más precisas. Un científico propone una idea sobre la naturaleza y otros trabajan para observar hechos que confirman o refutan esa idea.

Según Popper, Eccles debía sentirse satisfecho. Le apremió para que volviera al laboratorio, precisara sus ideas y perfeccionara los experimentos sobre la transmisión eléctrica con el objetivo de rebatir la hipótesis eléctrica él mismo si fuere necesario. Eccles describió en estos términos aquella entrevista:

Aprendí de Popper la esencia de la investigación científica: que hay que permitirse especular e imaginar hipótesis, pero que después hay que verificarlas con el mayor rigor, recurriendo a todo el conocimiento existente ideando situaciones experimentales sumamente estrictas que la pongan a prueba. De hecho, de él aprendí incluso a alegrarme con la refutación de una hipótesis largamente acariciada porque rebatirla también es una hazaña científica, y mucho es lo que se llega a conocer mediante la refutación.

Mi contacto con Popper fue una liberación porque me permitió superar las rígidas convenciones en boga respecto a la investigación científica. Cuando uno se libera de esos dogmas estrechos, la investigación se transforma en una aventura apasionante que abre las puertas a nuevos horizontes. Creo que a partir de entonces, esta actitud se ha reflejado en mi propia vida científica.

Eric Kandel, *En busca de la memoria*, págs. 121-123

Texto nº 2

¿De qué manera nos imaginamos cómo vamos a sentirnos sobre ciertas cosas que van a pasar en el futuro? La respuesta es que tendemos a imaginar cómo nos sentiremos si esas cosas pasaran ahora, y esto da un margen de error por el hecho de que “ahora” y “más tarde” no son lo mismo. Por ejemplo, pregunte a un adolescente heterosexual cómo se sentiría si una de las chicas del anuncio de *Budweiser* se presentara en su puerta ahora mismo, con su bikini, susurrándole cositas al oído y loca por que le den un masaje. La reacción del muchacho sería palpable. Sonreiría, se le abrirían más los ojos, se le dilatarían las pupilas, se ruborizaría, y otros órganos reaccionarían a la llamada de la naturaleza. Ahora bien, si le hace la misma pregunta a otro adolescente, pero sustituye el “ahora mismo” por “dentro de cincuenta años”, apreciará más o menos la misma reacción. De hecho, durante un instante, puede incluso sospechar que ese segundo adolescente está abstraído en su imagen mental de la diosa descalza, y que no está teniendo en cuenta que ese acontecimiento imaginario tendrá lugar dentro de medio siglo. Pero dele tiempo, digamos unos segundos. Cuando hayan pasado, verá que la “excitación” inicial del adolescente se desvanece a medida que considera la fecha del acontecimiento imaginario, y se da cuenta de que los varones adolescentes tienen unas necesidades y los ancianos, otras, y saca la correcta conclusión de que una actuación especial con una núbil ninfa no será tan estimulante en sus años dorados como lo sería en su presente cargado de testosterona. La “excitación” inicial y el bajón repentino resultan bastante reveladores porque sugieren que, cuando le han pedido que imagine un acontecimiento futuro, empieza por imaginarlo como si estuviera ocurriendo en el presente y, sólo pasado un rato, tiene en cuenta que ocurrirá en el futuro, cuando la vejez haya dejado su huella imborrable en la vista y la libido.

¿Qué importancia tiene esto? Al fin y al cabo, el adolescente tuvo en cuenta al final que “ahora” y “dentro de cinco décadas” no son lo mismo, así que ¿a quién le importa si lo tuvo en cuenta? Pues a mí y a usted también debería importarle. Solemos imaginar de forma que nos lleva a error de forma inevitable. Se predicen sentimientos futuros imaginando el acontecimiento en cuestión como si ocurriera en el presente, lo que es un error. Por lo general, imaginamos desde los sentimientos presentes cómo nos serán nuestros sentimientos futuros, y esperamos que el futuro sea más parecido al presente de lo que realmente será.

Daniel Gilbert, *Tropezar con la felicidad*, pp.155-156.

Texto nº 3

Creo que el cerebro humano tiene una exigencia fundamental: necesita una representación unificada y coherente del mundo que le rodea, así como de las fuerzas que lo animan. Los mitos, como las teorías científicas, responden a esa exigencia humana. En todos los casos, y contrariamente a lo que se cree a menudo, se trata de explicar aquello que se ve por aquello que no se ve, el mundo visible por un mundo invisible que es siempre el producto de la imaginación. Por ejemplo, se puede ver el relámpago como la expresión de la cólera divina o como una diferencia de potencial entre las nubes y la Tierra; se puede ver una enfermedad como el resultado de un maleficio o como el resultado de una infección vírica, pero en todos los casos, aquello que se invoca como causa o explicación, son fuerzas invisibles que rigen el mundo. En consecuencia, se trate de un mito o de una teoría científica, todo sistema explicativo es producto de la imaginación humana. La gran diferencia entre el mito y la teoría científica es que el mito es fijo. Una vez imaginado, el mito es considerado como la única explicación coherente del mundo. Todo hecho es interpretado como un signo que confirma el mito. Una teoría científica, en cambio, funciona de otra forma. Los científicos se esfuerzan en confrontar el producto de su imaginación (la teoría científica) con la “realidad”, es decir, la predicción de los hechos observables. Además, no se conforman con recoger pruebas de su validez, se esfuerzan en producir otras más precisas, sometiéndolas a

experimentación. Y los resultados de ésta pueden coincidir o no con la teoría. Si no hay acuerdo, se rechaza la teoría, y se formula otra. Así, es propio de una teoría científica ser modificada o enmendada constantemente”.

François Jacob, “*La evolución sin proyecto*”

Texto nº 4

Deseos de año nuevo

Por Daniel Innerarity

Los deseos de que con el año nuevo las cosas vayan a cambiar es un rito y no tanto una determinación de la que se siguen las consecuencias deseadas. Responden más a la resignación que a la esperanza y nos recuerdan dos hechos inexorables de la existencia humana: lo difícil que es cambiar y lo inexorable que es el cambio que acontece sin nuestra intención o permiso. Apenas podemos cambiar casi nada mientras casi todo cambia. Probablemente todo esto se deba a que interpretamos la agitación como el origen de los mayores cambios y no tenemos ningún órgano que, en periodos de calma, nos haga percibir las modificaciones latentes o de fondo. El otro gran momento ritual de cambio son las elecciones políticas. “Por el cambio” se convirtió hace tiempo en un eslogan banal tras el cual los votantes no identificamos una voluntad radicalmente transformadora sino el deseo de invertir la relación entre quienes están actualmente en el Gobierno y la oposición, una mera alternancia (que a veces no viene nada mal). Que vayan a cambiar las agendas, las prioridades, el estilo de gobierno o la cultura política es algo que depende en parte de la voluntad de los nuevos gobernantes y de que los actuales contextos permitan hacer cosas distintas, o sea, es bastante improbable.

Los deseos de cambio contrastan con nuestra experiencia, personal y colectiva, de la dificultad de cambiarse y cambiar. En el ámbito social, hay una inercia colectiva que se manifiesta como resistencia al cambio, aceleración improductiva, desorden persistente o dinámica ingobernable, que no deberíamos minusvalorar y que solo se puede modificar indirectamente, con incentivos de diverso tipo. El estancamiento es compatible con el hecho de que el sistema político sea un lugar de gran agitación y de discursos enfáticos para ponerlo todo patas arriba. Uno se ha movido mucho, ha elevado el tono, le ha llamado al orden la presidenta del Congreso, ha provocado un estancamiento más que una transformación y al final sigue gobernando la derecha... El gran problema de nuestros sistemas políticos es la inestabilidad debida a que no se realizan los cambios necesarios. ¿Alguien ha tomado nota de cuántas veces hemos exigido cambiar de modelo productivo, un pacto educativo o la reforma de la Constitución? Más que palancas, iniciativas o puntos de Arquímedes, la física social está llena de vetos, bloqueos, inflexibilidad, impedimentos y rigideces.

Al mismo tiempo, las sociedades no dejan de cambiar, pero apenas como consecuencia de nuestra intención de hacerlo. ¿Quién cambia el mundo cuando el mundo cambia? El discurso voluntarista habla de transformación pero, de hecho, lo que se produce son cambios de paradigma que tienen muy poco que ver con iniciativas de nuestra voluntad. Se trata de modificaciones de las cosas, a veces de una gran profundidad, pero que no son planificadas, dirigidas o declaradas. La imagen de un autor soberano que planifica, lidera o revoluciona, parece incompatible con el hecho de que donde actuamos también actúan otros y que aquello que deseábamos cambiar lo hace en un sentido diferente del que habíamos pretendido. No está claro qué parte del cambio del mundo es debido a nuestra voluntad y qué ha cambiado por sí mismo.

De hecho, la mayor parte de los cambios políticos han tenido su origen en un movimiento social o en una iniciativa fuera de la vida institucional de los Gobiernos y los parlamentos, dedicados a legislar sobre

el pasado o a reaccionar a las crisis, casi nunca a anticiparse y gobernar para el futuro. Los partidos, esos supuestos agentes de la configuración de la voluntad política, subcontratan la elección de sus candidatos en los movimientos sociales, que condicionan sus decisiones y su agenda.

De manera discreta, imperceptible a veces, las líneas de conflicto se desplazan, nuestras interpretaciones de la realidad se desgastan, algunas convenciones dejan de tener sentido para una mayoría considerable. Ciertas maneras de actuar se transforman, de la noche a la mañana, en ridículas. Las oleadas de indignación en medio de la crisis económica o las recientes denuncias contra el acoso sexual son ejemplos de que, sin saber muy bien cómo (habrá alguna explicación retrospectiva, pero no será el resultado de una iniciativa política previa), algo más o menos consentido pasa un día a ser considerado como intolerable.

El terrorismo había sido combatido desde muchas instancias, pero su final se produce cuando coinciden circunstancias que hacían que algo que ya era desde su origen una monstruosidad aparezca también como una estupidez inútil. Yo vivía en Alemania cuando cayó el muro de Berlín y recuerdo lo incapaces que éramos de explicar su hundimiento por una sola causa o quién lo había provocado; sabíamos la arbitrariedad que simbolizaba, pero tuvieron que producirse un conjunto de circunstancias que no tenían nada de intencional para que, de un día para otro, ese Muro resultara además un sinsentido.

¿Hemos de renunciar entonces a formular cualquier propósito de cambio? De entrada hay que saber reconocer cuándo y en qué medida son necesarios los cambios, del mismo modo que los sistemas políticos no deben desconocer que todo proyecto de transformación social tiene límites, efectos no deseados, inercias y resistencias, que las sociedades no se pueden cambiar a golpe de decreto, por voluntarismo o sin contar con amplias complicidades sociales.

Pese a todo, podemos plantearnos algunos objetivos que sólo son modestos en apariencia. Comencemos por reconocer que a veces interpretar bien el mundo es una buena manera de cambiarlo o, en cualquier caso, la condición para poder hacerlo. Y sigamos con el propósito de mejorar nuestra atención: en el espacio (examinando las capas profundas de la sociedad) y en el tiempo (mirando un poco más lejos). Lo latente y lo lejano tienen que ganar peso político frente a lo visible e inmediato.

Aunque no podamos cambiar todo lo que quisiéramos, ni en la medida en que nos parece deseable, sí está en nuestras manos trabajar para que en el futuro suceda eso improbable que no está a nuestro alcance como sujetos aislados. Quién sabe si, al describir un día la cadena causal de un cambio social, ese acto aislado (como la inmolación de Mohamed Bouazizi, aquel joven tunecino que desató la primavera árabe o la denuncia de la actriz Ashley Judd contra el acoso sexual en Hollywood), pueda ser identificado como el que desató la reacción colectiva, el que fue imitado y terminó por formar una gran cascada. Por eso estamos obligados a hacer bien aquello que nos toca. Como nunca sabemos del todo si nos quedaremos solos o seremos el comienzo de un cambio, hagamos bien lo que tenemos que hacer por si acaso alguien culmina lo que empezamos.

Texto nº 5

Solemos pensar en nuestro yo futuro como en una persona distinta a nuestro yo presente, por lo que al ahorrar para el futuro, nos puede dar la impresión de que estamos dando el dinero a un desconocido, en lugar de a nosotros mismos. Un posible antídoto contra esto es intentar establecer una conexión con nuestro yo futuro.

Hal Helrsfeld lleva mucho tiempo estudiando las posibles formas de superar este error, y sus hallazgos pueden resumirse en una sola idea: es preciso utilizar herramientas sencillas que nos ayuden a imaginar nuestro yo futuro de manera más concreta, vívida y cercana. Puede ser algo tan simple como mantener

una conversación imaginaria con un yo más viejo de lo que somos ahora, o escribirle una carta. También podemos limitarnos a pensar en las necesidades, deseos, alegrías o remordimientos que tendremos a los 65, 70, 85 ó 100 años.

Hablar con nuestro yo futuro es un paso muy importante para cambiar nuestra forma de pensar, y para incrementar nuestra fuerza de voluntad, con el fin de resistir la tentación actual. No es necesario imaginar una discusión negativa y llena de reproches: "¡Oye, joven yo, mira lo que hiciste! ¡No ahorraste nada para mí, y ahora tengo que vivir en un caja de cartón!", sino que puede y debe ser una conversación positiva y constructiva. Piense, por ejemplo, en cómo sería pagar por adelantado una estancia en un buen hotel, y que al llegar a la recepción nos digan que ya está todo pagado; volveríamos la vista atrás y diríamos: "¡Eh, yo del pasado, muchas gracias por pagarme este hotel! ¡Eres fenomenal!". Ahora, imagine esa misma conversación, pero que, en vez de una habitación de hotel pagada, lo que nos dejamos es mucho dinero en un plan de jubilación.

Podemos empezar con estas conversaciones, pero también deberíamos poner en práctica otros métodos que nos ayuden a acercarnos emocionalmente a nuestro futuro yo. Cuanto más definido, vívido y detallado podamos hacer el futuro, más cercano nos resultará, y más nos preocuparemos por los intereses de nuestro yo futuro, conectando con ellos y actuando en consecuencia.

Dan Ariely y Jeff Kreisler, *Las trampas del dinero*, pp. 307-08.

Posibles relaciones entre la imaginación y la TdC

La imaginación			
Áreas de conocimiento		Formas de conocimiento	
Las ciencias humanas	¿Son las teorías de la conspiración un abuso de la imaginación?	La percepción	¿Cómo interactúan la percepción y la imaginación?
Las ciencias naturales	¿En qué momento influye la imaginación en el proceso de investigación científica?	La memoria	¿Influyen las expectativas de la imaginación en los recuerdos que tenemos?
La historia	¿Rellena los vacíos de su área un historiador como si fuera un escritor?	La razón	¿Colaboran la imaginación y la razón o son excluyentes?
El arte	¿Hay condiciones específicas que aseguren la creatividad en el arte?	La emoción	¿En qué sentidos soñamos despiertos?
La religión	¿Es la religión un fenómeno reducible a la psicología humana?	El lenguaje	¿Por qué tiene tal fuerza sugestiva el lenguaje?